

Cuadernos de cine

Título:
Hacer cine

Autor/es:
Duras, Marguerite

Citar como:
Duras, M. (1984). Hacer cine. Cuadernos de cine. (4):53-57.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42560>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



fía, la escritura? Incluso ahí, en ese fabuloso concierto de vocalizaciones, se da la caída del referente, acentuación de una constelación de puntos muertos: los cuerpos, las bocas. De lo real (podríamos hablar de fetichismo si en esta fiesta vocal el deseo, el sexo, la muerte, no fueran continuamente el objeto o la intención de los actos de enunciación, de las vocalizaciones de la banda sonora).

De esta evocación, el referente no sería, pues, más que la memoria de la materia fílmica. Una memoria volátil, sin fondo, que no sería llevado sino por impulsos de escritura cuyas intensidades se consumirían, sin residuos. Evocación que acarrea sin fin sus recaídas materiales. Diversiones vocales, musicales, pictóricas donde aflora la muerte que recorre los flujos de la escritura, una multitud de muertos: silencios, pasajes en vacío, caída de las voces, horrores sin nombre, cúmulos de objetos que dificultan la imagen, el marco, como los gemidos de amor del vice-cónsul que alteran la velada en la embajada y dan el escándalo en el cuadro.



HACER CINE

Marguerite Duras

Faire cinema
Marguerite Duras
Cahiers du cinéma n°312/313 juin 1.980

Traducción: Angel Beltrán

No sé si he encontrado el cine. He hecho cine. Para los profesionales, el cine que hago no existe. En su libro, Losey elogia mis textos y condena a muerte - mis films, dice que detesta Détruire dit-elle. Para mí, él nunca ha hecho un film que le llegue al tobillo a Détruire dit-elle.

Eso prueba que mi cine no puede pasar la frontera de los profesionales. Y que el suyo no puede pasar la mía. Empecé viendo su cine y luego hice el mío y ellos contaron cada vez menos. Por profesionales entiendo a los reproductores de cine como los que hacen reproducciones de cuadros, por oposición a los autores de cine, a los autores de cuadros. El mundo de ese cine está lleno de gente acosada, es el feudo del miedo a la falta de qué filmar, a la falta de millones, de miles de millones. Para ese cine, nosotros somos unos malhechores que les quitamos "su" dinero. Hace poco, en la televisión, un hombre airado --o sé quién-- decía: "Dar dinero a Duras para rodar Le Camion da como resultado disgustar para seis meses a los espectadores de cine". Qué elogio. Es cierto, me gustó. Pero se equivocaba el hombre: nunca recibí un anticipo para Le Camion. En literatura no se puede decir: me faltan apenas 220 millones para acabar mi libro. Si el libro no se hace, aun en las peores condiciones, es que no hay que hacerlo. Si debe hacerse, se hará aun en las peores condiciones de infortunio. Los Pretextos para no escribir, la falta de tiempo, las ocupaciones demasiado numerosas, etc., no son ciertos casi nunca. La misma necesidad no existe en los cineastas. Ellos buscan temas. Esta es una de las diferencias decisivas. Buscan historias. Se las proponen, sea de novelas, sea de guiones hechos por especialistas de su género. Esto a menudo. Sopesan estas proposiciones, las desglosan: tres crímenes, un cáncer, un amor, más tal y tal actor. Resultado: 700.000 espectadores. Lo pasan por el ordenador. Se hace el film. Resultado: 600.000 espectadores. Un fracaso.

Los cineastas cuantitativos que obtienen un éxito masivo, 25 salas, millón y medio de espectadores, tienen una extraña nostalgia de nuestro cine, el que ellos nunca han abordado, el que no está corroborado por los beneficios, el del fracaso cuantitativo, una sola sala, diez mil entradas. Querrían al mismo tiempo ocupar nuestro lugar, reemplazarnos además de lo que hacen, quitar nos esos diez mil espectadores, como si pudieran. Y nosotros no querríamos reemplazarlos de ningún modo, ni sabríamos hacerlo. Nosotros existimos a su lado como al lado del primer espectador, nuestro derecho de ciudadanía es equivalente al suyo. Igualmente, aún cuando somos el emblema del fracaso comercial, los estudiantes hacen más tesis sobre nosotros que sobre ellos, y a veces las publicaciones, a la manera de ésta, tienen en cuenta también nuestra existencia. Pese a los esfuerzos de la prensa cotidiana por ignorarnos, continuamos haciendo películas. Esto el cine cuantitativo no puede tenerlo. Mientras que nosotros lo olvidamos. Sí, hay aquí una extraña y nueva nostalgia del fracaso que se sitúa en equivalencia a una elección libre. Esta nostalgia representa un progreso del cineasta cuantitativo, aunque pase por la cólera y el insulto para con nosotros. El dinero ya no es el único fin, no del todo. El número de butacas tampoco. Comienza a perfilarse muy lejos aún, ciertamente- otra cosa, un sentimiento de la inanidad del beneficio cinematográfico que deja tan solo a su fabricante, que le abandona tan pronto se produce, y también otro sentimiento que se refiere a la persona misma, a su responsabilidad frente a sí misma. Algunos jóvenes cineastas cuantitativos han dejado incluso de perjudicarnos, de hablar mal de nosotros, e intentan poner de relieve ellos también un cine de autor, se dicen autores y a la vez gran público, pero con éxito. Tavernier.

Recuerdo que Raymond Quenau decía que en Francia son sólo ciertos lectores, de dos a tres mil, los que deciden la suerte de un libro, y según estos lectores -los más difíciles de todos- retengan ciertos títulos o no,

éstos contarán o no en la literatura francesa. Si no se tiene a esos lectores, ninguna audiencia, por numerosa que sea, puede ocupar su lugar. En cine se puede hablar de 10.000 espectadores que hacen los films y que, contra viento y marea, los ponen en el cine o los rechazan. Este margen de 2.000 a 10.000 espectadores la mayoría de los cineastas cuantitativos no lo consiguen nunca. Pueden tener dos millones de espectadores, pero entre ellos no estarán esos diez mil.

